

ley nueva, hecha á imagen y semejanza de la antigua. De ahí el catolicismo. Éste, dicen los protestantes, es un bastardo que usurpó la herencia del hijo legítimo y que todavía la ocupa. En él no hay ya nada de la espiritualidad de Cristo; el cariño á las formas, el carácter sacerdotal, la envoltura simbólica, todo lo ha tomado del judaísmo. Del bautismo ha hecho una circuncision, de la cena un sacrificio, del ministro un sacerdote, del Evangelio una ley. La sinagoga tenía una compilacion sagrada; la Iglesia tuvo su Nuevo Testamento, código de leyes para la teocracia cristiana. Una regla escrita, legal, ocupó el puesto del principio interior del espíritu. Faltando dentro la impulsión directora, menester fué una autoridad externa que se impusiera. De ahí la Iglesia exterior; bajo su influencia, toda la religion llegó á ser externa, de tal modo, que los reformadores pudieron decir que el catolicismo no era sino una nueva forma de idolatría.

La Reforma tenía el instinto de la verdadera religion, y quería volver al cristianismo primitivo, que no podía ser sino el de Jesucristo. Pero su inspiración no fué bastante poderosa: las almas se hallaban todavía demasiado impregnadas en el espíritu católico para que se pudiera pensar en un cristianismo sin dogmas. Por otra parte, ¿cómo romper la autoridad de la Iglesia sin oponerle otra autoridad, divina también? El protestantismo no reemplazó á la Iglesia por un principio espiritual y libre: en lugar de la Iglesia puso la Escritura. Según los libres pensadores, la libertad no ganó mucho en ese cambio; y no están lejos de creer que es preferible, á la autoridad de un texto inmutable, una autoridad viva que pueda seguir los progresos de la sociedad. Esto es ir demasiado lejos, porque el texto, entregado á la interpretación individual, no permanece inmutable, y porque la Iglesia, por un interés de dominación y de existencia, se adhiere tenazmente al pasado. La Reforma inauguró el principio de la libertad y del espiritualismo en los tiempos modernos. Sin embargo, preciso es confesar que lo hizo á pesar suyo. Tan poquísima conciencia tenía del principio hacia el cual caminaba, que hubiera retrocedido con espanto, si hubiera podido prever el porvenir. El protestantismo no es sino un sistema de transición, y, por consiguiente, de transacción; siembra los gérmenes de un mundo nuevo, pero sin saberlo y sin

quererlo. La Reforma entraña una revolución (1). Y esta revolución es la que se cumple á nuestra vista.

## § II.—Misión del cristianismo tradicional.

### N.º 1.—Misión del protestantismo liberal.

#### I.

La revolución que se prepara puede caracterizarse en dos palabras: el cristianismo tiende á volver á ser la religion de Jesucristo. Este movimiento se manifiesta en el seno de la Iglesia protestante. Es evidente que el catolicismo no puede aceptar ninguna renovación religiosa, ni tan siquiera una reforma que le volviera al ideal divino del Hijo de Dios, porque el catolicismo pretende ser la encarnación de ese ideal. Una Iglesia que se dice en posesión de la verdad absoluta es, por ese solo hecho, irreformable. Pero como todo cambia alrededor suyo, sucede necesariamente que llega un momento en que tiene que encontrarse en oposición con las ideas y los sentimientos de la humanidad. Ese momento ha llegado. ¿Y qué hace el catolicismo? En su incurable ceguera, no ve que el abismo que le separa de la sociedad moderna es su propia condenación, y lejos de pensar en satisfacer las nuevas necesidades, las maldice como una inspiración del demonio. ¿No es esto pronunciar su sentencia de muerte?

La ruina fatal del catolicismo nos anuncia también la del protestantismo ortodoxo, el cual no es más, si bien se examina, que un catolicismo sin papa. Toda religion que reposa sobre el principio de autoridad conduce fatalmente á Roma, y los ortodoxos predicán en todos los tonos que la Reforma necesita un principio de autoridad. Ya no les basta la Biblia; necesitan una Iglesia, y esa Iglesia está ahí; abre sus puertas á sus hijos separados: ¡que entren, pues! Los católicos maldicen el espíritu moderno. Para los protestantes, ese monstruo es la crítica, esto es, la razón, la ciencia que se esfuerza por desenmarañar los Evangelios para separar la verdad de las leyendas y lo transitorio de lo eterno. La ortodoxia protestante se inquieta y escandaliza por esas dudas y esas conjeturas;

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, p. 29, 33.

todo el trabajo que viene operándose desde hace un siglo le parece peligroso, subversivo y hasta inmoral é impío. Según ella, la ciencia, fruto del orgullo, es la fuente de todos los males. De ahí el desprecio por la crítica y las maldiciones que se le dirigen. Pero ¡cosa singular y que constituye uno de los signos del tiempo! esa ortodoxia tan alta no está ya segura de sí misma, y trata de acomodarse con el espíritu del siglo, como hacen los católicos que se llaman liberales. Hay ortodoxos que pretenden marchar con su siglo y los hay también que proclaman la libertad de exámen. Pero ¿de qué sirven esas concesiones? El liberalismo de los católicos no es más que una máscara ó la más imaginaria de las ilusiones; estos elocuentes vocingleros que tanto invocan la libertad concluyen siempre por predicar la esclavitud del espíritu. Lo mismo sucede con el libre exámen de los protestantes ortodoxos: después de haber examinado á su manera, continúan siendo tan ortodoxos como antes, y mantienen todo el armazón del cristianismo tradicional, las leyendas, los dogmas, los milagros, éstos sobre todo, porque no se encuentran á gusto sino cuando se hallan fuera del mundo real.

En el seno del protestantismo alemán hay otra tendencia que han encontrado algunos imitadores en la Iglesia francesa: tal es el justo medio transportado á la teología. Esta transacción entre el pasado y el porvenir, especie de eclecticismo sin color y sin energía, usa el lenguaje del cristianismo tradicional, pero toma las palabras en otro sentido. ¿Á quién pretenden engañar con esos vanos esfuerzos? ¿Á los partidarios del pasado? Inútil trabajo, porque éstos no se pagan de palabras, sino de realidades, y necesitan los milagros, lo sobrenatural, los dogmas y la autoridad. ¿Á los partidarios del porvenir? En Alemania, tal vez puedan los espíritus nebulosos contentarse con esa media tinta; pero el buen sentido y la limpidez del espíritu galo no admiten la semi-audacia, ni la semi-verdad, ni lo semi-sobrenatural. La humanidad tiene sed de luz, y quiere saber quién es Jesús de Nazareth. ¿Es un hombre? Decidlo sin ambages, y le amaremos como á nuestro hermano mayor, como á nuestro maestro. ¿Es un Dios, es la segunda persona de la Trinidad? Decidlo también, y os seguirán los que tengan la fe bastante robusta para creer que un solo individuo pueda ser hom-

bre y Dios en una sola pieza. Pero no hagais un personaje más imposible aún que el Hijo de Dios, coeterno del Padre; no hagais un sér que no es Dios ni hombre, sino una especie de Dios secundario ó de hombre sobrehumano. Los doctores del justo medio, los *semis*, como los llama Strauss, andan siempre á vueltas con la Escritura. Pues bien, señores doctores, decidnos: ¿Admitís la inspiración, sí ó no? ¿La admitís en el todo? No os atreveis á tanto; pero entonces hacednos el obsequio de decirnos dónde concluye la inspiración divina y dónde comienza la obra humana, y cuál es es la línea de demarcación entre las cosas religiosas y las cosas morales. Nos decís que el Evangelio es la palabra de Dios. Pero ¿cómo entendeis esto? ¿Es la última palabra de Dios? ¿Ó dejais un resquicio para que éntre el progreso? Por favor, dadnos una respuesta precisa. Á vosotros os gustan las palabras vagas; pero los hombres tienen avidez de ideas. Vosotros os desvelais por salvarlos. Nada más justo, porque esta es la misión que á todos se nos impone. Pero, una vez más, ¿cómo entendeis eso? ¿Es una salvación mágica operada por el sacrificio del Calvario y por la acción milagrosa del Espíritu Santo, que ilumina á los unos con su gracia vivificante y deja á los otros en las tinieblas de la muerte? ¿Ó es por el progreso del alma, que avanza incesantemente hacia Dios á través de sus caídas, por el arrepentimiento, por la rehabilitación que se opera bajo la mano del celeste Padre que el Cristo nos hizo conocer? ¡Ay! no pidais á los hombres del justo medio una solución á esas cuestiones, porque os responderían con un flujo de palabras inútiles. ¿Necesitamos repetir que la humanidad está cansada de ese rumor de frases que nada dicen á su inteligencia ni á su corazón? (1).

Si no hubiera más cristianismo que el cristianismo tradicional, como lo pretenden los ortodoxos y los semiortodoxos, menester sería desesperar del porvenir religioso de la humanidad. Los hombres no volverán jamás á una religion que quiere doblegar la razón bajo el yugo de la autoridad, á una religion que no comprende ni sus sentimientos ni sus necesidades. Felizmente hay otro cristianismo, y es el movimiento liberal que se opera en el seno de

(1) PÉCAUT, *de l'Avenir du protestantisme en France* (*Disciple de Jésus-Christ*, 1895, t. II, p. 186 y sig., 19-198).

la Reforma. No estando retenido por la autoridad de una Iglesia ni de una Escritura, sólo él es capaz de dar satisfacción á las aspiraciones y á las esperanzas de la humanidad. Este cristianismo se presta á un desarrollo infinito, porque no tiene creencias irrevocables que oponer á ningún progreso. ¿Es este decir que el liberalismo cristiano consiste únicamente en negar los milagros, en rechazar lo sobrenatural, en renunciar á las leyendas de la Escritura y á la mitología católica? No, esta es la parte negativa del movimiento; pero una religión no subyuga las almas con negaciones. Por eso el cristianismo liberal no se limita á ellas, sino que pretende fundar la fe sobre la conciencia humana, y en la conciencia busca sus inspiraciones para dirigir la vida. El protestantismo avanzado no es tampoco un movimiento científico ni se limita únicamente á la ciencia; es una Iglesia cristiana que tiene, por derecho de herencia, el instinto religioso, el sentido y la costumbre de la oración, la práctica privada y pública del culto, y tiene también una fuerte disciplina, esto es, el arte de instruir las almas con ayuda de su propia energía, acostumbrándolas á gobernarse á sí mismas, sin perjuicio de ponerlas en comunicación directa con Dios, que es la fuente de todo ideal. Por último, el protestantismo liberal se armoniza con el siglo en que vive, y no predica el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos; se inspira en la tradición cristiana, pero sabe también asimilarse todos los elementos de la civilización moderna (1).

## II.

Esto supuesto, podemos decir, con uno de los órganos más serios del movimiento liberal, "que el protestantismo lleva en sí el porvenir de la Francia y del mundo," (2). ¿Qué pide la humanidad? La religión, la libertad, el progreso. Pide la religión, porque no puede vivir sin Dios, lo mismo que la planta no puede vivir sin luz. Pide la libertad, y, sobre todo, la libertad de pensamiento, condición y esencia de todas las libertades. Pide el progreso, porque es la ley que preside á la vida, porque oponerse á él sería lo mismo que detener el pulso, que

(1) PÉCAUT, de *l'Avenir du protestantisme en France (Le Dilemme de Jésus-Christ, 1865, t. II, p. 193 y siguientes)*.  
(2) RÉVILLE, *Essais de critique religieuse*, p. LXIX.

matar al hombre. Pero en vano se le mataría: la misma muerte no es sino una pausa; en el momento en que una de las fases de nuestra existencia concluye, otra principia. Cuando decimos que la humanidad pide el progreso, queremos decir que desea marchar sin trabas por la vía del perfeccionamiento, lo mismo sobre el terreno de la libertad que sobre el terreno religioso. Toda religión que pretenda gobernar las almas debe, ante todas cosas, dar satisfacción á esas imperiosas necesidades de nuestra naturaleza. Si los hombres vuelven la espalda al cristianismo tradicional, es porque es incapaz de satisfacer esas necesidades. ¿Tiene el cristianismo liberal la potencia que le falta á la religión del pasado? Tal es el problema que surge en el siglo XIX, problema temible, puesto que de él depende el porvenir de la humanidad.

El cristianismo liberal debe, ante todo, si quiere ser una religión, satisfacer las necesidades del alma. Todas las tentativas de nuevas religiones, hechas durante la Revolución, fracasaron, así como los ensayos, ménos serios, intentados en nuestros días. ¿Tendrá la misma suerte el protestantismo avanzado? Creer que las religiones se fundan por el trabajo de la crítica ó de la historia es una ilusión. La ciencia allana el terreno, prepara los elementos; pero no es ella, sino la fe, la que lleva á término. Y precisamente la fe, la piedad, es la que falta á los protestantes avanzados; por lo ménos, tal es la reconvención que les dirigen los ortodoxos y aún los libres pensadores. Los ortodoxos no tienen tanto cariño á sus fórmulas dogmáticas como se cree; lo que ellos quieren á todo trance es un Dios real y vivo que se comunique á ellos y con el cual puedan comunicar; ellos quieren una vida moral, amar, arrepentirse, convertirse. Mientras los liberales no puedan ofrecer á los ortodoxos ese Dios vivo y esa vida religiosa, los más permanecerán en su Iglesia, en cuyo seno encontrarán la regla, la fuerza y la paz, y los otros proseguirán manteniéndose en expectativa. Guardémonos de creer que basta suprimir ciertos errores, como rechazar los milagros, las leyendas y los mitos, para atraer las almas.

Interroguemos la historia, y para no extraviarnos en los primeros siglos del cristianismo, que apenas conocemos, concretémonos á los tiempos modernos y examinemos por qué, en el siglo XVI, consiguieron los reformadores separar de Roma la

mitad de la Europa. ¿Fué destruyendo el cristianismo, arruinando la religión, como dicen los católicos? Semejante acusación es un contrasentido. No puede negarse que hay una poderosa vida, religiosa y moral, en el seno de las Iglesias protestantes. ¿Cómo hubieran podido los reformadores fundar sociedades religiosas, demoliendo la religión? ¿Se dirá por ventura que los protestantes tienen un resto de religión del catolicismo? La historia da un mentís á esas soberbias pretensiones; ella nos enseña que, en vísperas de la Reforma, la fe estaba agonizando; ella nos enseña que la incredulidad se hallaba entronizada sobre la misma silla de San Pedro, y que si la fe se reanimó, fué gracias á la influencia del protestantismo. Luego si millones de católicos se separaron de Roma, no fué para abrazar la incredulidad; al contrario, fué porque la Iglesia no daba ya satisfacción á la necesidad que sentían de creer, y porque esa necesidad pudieron satisfacerla en la Reforma. Hé ahí un hecho considerable; interroguémosle para conocer lo que verdaderamente significa.

Los reformadores atacaron la idolatría pagana que se ocultaba bajo apariencias cristianas, los santos, las reliquias, la misa, todos los abusos del catolicismo, é hicieron una cruda guerra á la dominación clerical. Pero ¿fué todo? No, ántes de Lutero y Calvino se había hecho lo mismo, y, sin embargo, no hubo revolución religiosa. Si la Reforma atrajo á los hombres piadosos, fué porque ella respondía á un progreso lentamente operado en las almas, poniendo en comunicación directa á Dios con el hombre; fué porque ella lanzó la religión y la moral en una nueva vida, haciendo un llamamiento á la conciencia individual; fué porque ella cambió también la concepción que la Iglesia tenía de la vida. No hablamos de las supersticiones populares; el ideal de los mismos santos era un ideal falso, porque los desprendía de este mundo para hacerles vivir una vida contraria á la naturaleza y prepararlos á una existencia imaginaria en un cielo imaginario. Al abandonar su celda, Lutero se casó y proclamó que todo cristiano era sacerdote. Hé ahí una santidad nueva, santidad que no se gana mortificándose, sino consagrándose á la humanidad y sacrificándose por ella. La vida de los santos, por muy heroica que fuera, era una vida artificial, y frecuentemente el heroísmo no aprovecha ni á la sociedad ni al que hacia es-

fueros sobrehumanos por dejar de ser hombre. Nuestro ideal es el de los reformadores, una vida humana santificada por múltiples obligaciones. Hé ahí por qué triunfó la reforma de la Iglesia.

Otra pregunta debemos dirigir todavía á la historia: ¿por qué no venció el protestantismo en toda la línea? ¿Por qué no consiguió ganar más que la mitad del mundo cristiano? ¿Por qué aún hoy mismo no se extiende de una manera sensible? La respuesta banal de la fuerza, de la violencia, de la persecución no nos satisface. ¿Por ventura no es la sangre de los mártires la semilla de la fe? Por otra parte, las persecuciones han cesado, y no vemos que el mundo católico se halle dispuesto á abrazar el protestantismo, ni aún aquellos que abandonan la Iglesia, conservando siempre la necesidad de creer. La verdadera causa de que el protestantismo permanezca estacionario es que no sólo no desarrolló el principio que le dió vida, sino que ha sido infiel á ese principio. Fué una insurrección contra el principio de autoridad, y no hizo sino reemplazar la autoridad de la Iglesia por la de la Biblia. Manumitió al individuo, poniéndole en relación directa con Dios, y conservó un mediador sobrenatural. Dió á los hombres un nuevo ideal, ideal laico, la santidad de este mundo, y mantuvo todos los preceptos del espiritualismo evangélico, espiritualismo exagerado de tal manera, que la Iglesia hubo de transformar los preceptos en consejos. De ahí una concepción insegura, un justo medio entre el antiguo ascetismo y la humanidad moderna, concepción estrecha y mezquina, si se la compara con el heroísmo del desierto, y, sin embargo, exagerada y falsa, si la colocamos frente á frente de las modernas aspiraciones. ¿Qué debe hacer el protestantismo, si desea recomenzar el curso de sus victorias? Volver á su principio, desenvolviendo todas sus consecuencias.

Hémos sobre la vía de la misión reservada al protestantismo liberal en la revolución que se prepara. Dos tendencias hay en la Reforma: una que le liga al pasado y que es preciso rechazar atrevidamente, porque ella le conduce á la decadencia y á la muerte: tal es el elemento católico; otra que se inspira en las necesidades, en las ideas y en los sentimientos de la sociedad moderna y que importa mucho desarrollar: tal es el elemento liberal. Á no dudarlo, hay que continuar la guerra contra la ortodoxia protestante ó católica, porque va en ello

el porvenir de la humanidad. Luchemos sin descanso contra un enemigo que, si pudiera vencer, mataría todo progreso, toda libertad, y, por consiguiente, todo germen de vida. Pero esta lucha no lo es todo, ni siquiera es la parte esencial. Y la prueba está en que, á cada instante, hombres sinceros se separan de la ortodoxia, porque experimentan la necesidad de creer, porque creen y buscan una sociedad religiosa en la cual puedan entrar, y, sin embargo, no entran en los templos protestantes; y si entran, no encuentran en ellos lo que buscan. ¿Qué le falta, pues, al protestantismo liberal? Lo primero dejar de ser liberal á medias. En él hay algo del protestantismo justo-medio, es decir, que también le gusta encerrar el vino nuevo en viejos odres, y á los libres pensadores les repugna asociarse á un movimiento que procede con tan poca franqueza. Pero, por el momento, prescindamos de esas inconsecuencias; el liberalismo concluirá por romper las últimas cadenas que retienen su accion. Mas ¿será esto bastante? Oigamos á un escritor que combate en las primeras filas del liberalismo cristiano.

“Los hombres, dice Mr. Pécaut, pertenecen al ideal, y van al que les ofrece una imagen más verdadera y más elevada de ese ideal. Presentemos un tipo de hombre más verdadero, más puro, más en armonía con las amplificadas condiciones de la civilización; enseñémosle, no desdeñando la vida ó desesperando de ella, sino siendo colono de esta tierra, sociable, padre de familia, artista, sabio. Mostrémosle en esa múltiple actividad, siempre en marcha hácia el espíritu, cada vez más penetrado del Dios vivo, y sólo con esta condicion conseguiremos que el mundo sea nuestro. ¿Con qué derecho exigiríamos que se nos entregara por ménos que todo eso? Luego se necesita una nueva concepcion de la vida. Es indudable que el mundo busca con afan un nuevo ideal; el ideal católico está ya condenado y no puede satisfacerle. Ya no se quieren santos; cuando Roma canoniza alguno, el mundo se burla, ó, lo que es todavía más significativo, permanece indiferente. En cuanto al ideal protestante, es incoherente, indeciso; puede decirse que se encuentra en estado de formacion. Pero aquí es adonde debemos dirigir nuestros esfuerzos. Aprovechémonos de todas las conquistas del espíritu humano. Los libres pensadores, en nombre de la moral independiente, protestan contra la interven-

cion de la religion en la conciencia. Preciso es, pues, tener en cuenta lo que hay de legitimo en esas reclamaciones: el cumplimiento del bien, en nombre del bien, y la fuerza moral al servicio de la justicia, sin cuidarse de penas ni de recompensas, hé ahí un hermoso y grande espectáculo capaz de levantar y justificar los corazones. Inspirémosnos en el desinterés de Sócrates, pero tratemos de santificarle, uniéndole al Dios absoluto é infinito. Léjos de perder, la moral ganará en ello,, (1).

### III.

Lo que acabamos de decir, al exponer las ideas del protestantismo liberal, es bastante vago; más adelante diremos lo que en nuestra opinion le falta, limitándonos por el momento á comprobar las tendencias del liberalismo cristiano. Sobre este terreno estamos completamente de acuerdo. La moral filosófica no basta; se necesita además una moral religiosa, ó, por mejor decir, la filosofía no puede formular un sistema completo de moral sin recurrir á un principio de perfeccion que llamamos Dios. Y sólo con esa condicion es como la moral se apoderará de las almas. Ya hemos dicho esto y lo diremos siempre, porque ahí está el verdadero nudo de la dificultad, porque de ahí depende la alianza entre la religion y el pensamiento libre. El acuerdo sobre los otros puntos es cosa fácil. Para los que saben lo que es la Reforma y la libertad, no es dudoso que el principio de libertad pueda encontrar su satisfaccion en el protestantismo, tal como los liberales le comprenden. Si insistimos en ello, es porque hay en el campo liberal muchos hombres que juzgan el protestantismo por la ortodoxia protestante, cuya estrechez de espíritu y cuyo fanatismo intolerante deleitan, no sin razon.

Un pastor reformado dice que “el protestantismo es el cristianismo individualizado,, (2). El catolicismo desconoce los derechos del individuo, y aún se puede decir que los ignora completamente. En efecto, los fieles siempre son menores, siempre están en tutela. Incapaces de comprender la verdad religiosa, la reciben de manos del sacerdote, órgano de la Iglesia. ¡Fuera de la Iglesia no hay salva-

(1) PÉCAUT, de *l'Avenir du protestantisme en France (Le Disciple de Jésus-Christ, 1865, t. II, p. 223-229)*.

(2) ATHANASE COQUEL, *l'Orthodoxie moderne*, p. 76.

cion! Y es preciso añadir que tampoco hay verdad, que tampoco hay palabra divina, que tampoco hay revelacion. Conocida es la famosa frase de San Agustin: “Si no estuviera obligado por la autoridad de la Iglesia, yo no creería en el Evangelio.,” Luego es la Iglesia, es decir, el sacerdote, quien piensa y obra por el individuo. Si no es miembro de la Iglesia, el hombre no puede salvarse; fuera de la Iglesia no es nada, es ménos que nada, porque viviendo sin fe, sin mediador, sin esperanza de una vida eterna, está condenado á sufrir por los siglos de los siglos los tormentos del infierno. Entre esta concepcion del catolicismo y la del Estado antiguo hay una asombrosa analogía. La Iglesia absorbe de tal manera al individuo, que sin ella no tiene parte alguna en la vida. El Estado absorbe al ciudadano de tal modo, que fuera de la ciudad el ciudadano no tiene ningun derecho. ¿Qué es la libertad cuando el individuo no tiene más derechos que los del Estado, derechos de los cuales puede éste despojarle siempre que quiera? Una servidumbre disfrazada. Tal es la libertad cristiana de que gozan los fieles en el seno de la Iglesia. San Pablo llamó á los cristianos á la libertad, diciéndoles: Examinadlo todo y guardad lo que os parezca bueno. Bajo el imperio del catolicismo, el libre exámen llegó muy pronto á ser una irrision. Sólo la Iglesia es libre, lo mismo que en Roma el único que reconcentraba en su persona la libertad antigua, es decir, la soberanía, era el emperador.

Lutero volvió al cristianismo de Jesus. Proscrito del imperio por la dieta de Worms, escribió al emperador: “En las cosas temporales, un hombre puede estar sometido á otro hombre; en las cosas espirituales que se relacionan con la palabra de Dios, nadie está sometido más que á su conciencia: Dios es en ella el único dueño, porque sólo Él es la verdad.,” Este fué el advenimiento del principio de individualidad en la vida religiosa. En otra parte hemos dicho que el genio de la raza germánica desempeñó un gran papel en la revolucion religiosa del siglo XVI (1). Hasta entónces el principio de individualidad no había tenido aplicacion, ni aún había sido comprendido. Roma, órgano y representante del genio latino, le había rechazado, y hasta le habría aniquilado, si le fuera posible al

hombre aniquilar la obra de Dios. Para comprender el individualismo del Evangelio fué preciso un reformador de raza germánica, y esta es la razon por la cual no encontró la Reforma buena acogida sino en los pueblos alemanes; las naciones de civilizacion y origen latino se dejaron arrancar el bien que los reformadores les llevaron ó le defendieron débilmente.

La confesion de Augsburgo reposa en la *justificacion por la fe*; Lutero declara en los artículos de la convencion de Smalkalde que la justificacion es la esencia del protestantismo. Aún hoy mismo los protestantes avanzados invocan ese dogma contra los ortodoxos, y dicen “que el principio de la personalidad, independiente de todo poder humano y libre y unida directamente á Dios por la fe,, es el gran principio de los tiempos modernos. Así pues, ninguna barrera entre Dios y nosotros, ningun mediador; el alma está unida á Dios por el solo hecho de buscarle, de llamarle y de esperar en él su salvacion. Lo que nos procura esta salvacion no es una cosa exterior, no es una Iglesia, un dogma, ni una profesion de fe; es algo que tiene lugar en las profundidades de la conciencia entre ella y Dios. ¿No es esto decir que la fe, lo mismo que la salvacion, es esencialmente individual? (1).

Los ortodoxos y los libres pensadores dicen que los protestantes han reemplazado la autoridad de la Iglesia por la autoridad de la Biblia. Esto es cierto; pero esa pretendida autoridad, ¿no es, en definitiva, la del individuo? Si hubiera un hombre ó un cuerpo encargado de interpretar la Escritura y con poder bastante para imponer su interpretacion á las conciencias, podría entónces decirse que había autoridad en el protestantismo. Pero en el seno de la Reforma no existe una autoridad semejante. El que interpreta la Biblia es el individuo que lee; luego la fe es individual. Los protestantes liberales añaden que no puede haber otra. En el fondo, la única base de la fe es la de San Pablo: *Yo sé en quién creo*, esto es, soy *yo* quien lo sabe. Creo segun mis facultades nativas, segun las circunstancias providenciales que han presidido á la cultura de mi sentimiento religioso, segun la medida de gracia que Dios se ha servido concederme. De igual

(1) Véase mi *Estudio sobre la Reforma* y mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*.

(1) Palabras de un pastor protestante en la conferencia de Duriach (*Zsitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz, 1865, p. 241*).